



NOV 2006

n° 6 R

vol. único

colección LOVECRAFT ARTESANADO

la estela de LOVECH-KERAPT

Presenta un

**NÚMERO
HISTÓRICO**

**REVELACIONES
INSANAS (I)**

*ii 6 oscuros
relatos !!*

de la legendaria
publicación,
a cargo de

*Iranon de Aira,
Henry Armitage,
Erich Zann,
Albert N. Wilmarth (Antigua Logia)
y Jorge E. Taurus.*



Ilustraciones de
Pavel.

NUEVA LOGIA



DEL TENTÁCULO

COLECCIÓN
LOVECRAFT
ARTESANADO



REVELACIONES INSANAS (1)

Relatos de:

Iranon de Aira
Henry Armitage
Erich Zann
Albert N. Wilmath (Antigua Logia)
Jorge Eduardo Taurus

Ilustraciones de:

Ramón
Pavel

VOLUMEN ÚNICO

NUEVA LOGIA



DEL TENTÁCULO

Colección Lovecraft Artesanado/La Estela de Luveh-Kerapt, nº. 6

© Iranon de Aira, Henry Armitage, Erich Zann, Albert N. Wilmath y Jorge Eduardo Taurus.

Relatos recopilados de la publicación original Revelaciones Insanas (números 2 y 3).

Diseño de colección Ebenezer Holt.

Ilustración de portada: Ramón

Noviembre 2006

ÍNDICE

Presentación, <i>de Ebenezer Holt</i>	4
El mal que acecha en la sombra, <i>por Iranon de Aira</i>	5
Diamantes en el cielo, <i>por Henry Armitage</i>	8
Mi abuelo Obed, <i>por Erich Zann</i>	12
La Piedra, <i>por Albert N. Wilmarth</i>	17
I am only sleeping, <i>por Iranon de Aira</i>	22
Thomas Albert Wax, <i>por Jorge Eduardo Taurus</i>	25

Tenebrosos lectores.

Como verán, no he podido sustraerme a presentar este sexto número de La Estela de LUVÉH KERAPT. Dirán, no sin cierta razón, que quizá no soy el más indicado para hacer los honores, puesto que un servidor no participó en la efervescencia de aquella publicación a la que nos proponemos homenajear desempolvando algunos de sus brillantes trabajos. Sin embargo, es precisamente esa misma perspectiva, desde fuera, la que mejor permite apreciar el esfuerzo y la voluntad aplicada a aquel proyecto creativo que hoy, años después y sin nostalgias ni amor de madre, puedo calificar como soberbio y riguroso en formas, contenido e intención.

Hablo, desde luego, de REVELACIONES INSANAS. Llamativa cabecera bajo la que un puñado de bizarros Creyentes lovecraftianos aunaron su gusto por la obra, la figura y la influencia de H. P. L., creando el germen de lo que hoy es la Nueva Logia del Tentáculo que todos disfrutamos. Eso los unos, que no todos llegaron a buen puerto, aunque eso es otra historia, como dijo Kipling.

La calidad y el poder creador de este pequeño aperitivo que hoy degustamos es palpable en cada una de sus variadas piezas, tan solo media docena, que sin embargo poseen tanto el carácter común del género que nos ocupa, como el particular de cada uno de sus autores, como debe ser.

Habrán más Números Históricos, unos cuantos, con artículos rescatados, poemas y más relatos, pero de momento, y como muestra, baste este botón.

Ebenezer Holt
desde Arkham, noviembre 06



El Mal que acecha en la sombra

Iranon de Aira

Desperté sudando y temblando de terror tras la última pesadilla: un sueño retorcido de sombras babeantes que acechaban en la oscuridad, sin forma definida, pero con maldad latente y expectante...

Todo esto empezó con aquel viaje que realizamos a Cartagena de Indias, ya que a Yoko se le metió en la cabeza que debíamos buscar una verdadera bruja que nos librara del mal de ojo y de todos los maleficios habidos y por haber que nos habían lanzado nuestros enemigos psíquicos y ¡cómo no! También mortales.

La bruja en cuestión resultó ser Lena, una vieja hechicera negra muy alta, con las facciones duras y cubierta tan sólo por un trapo estampado chillón que le envolvía la cabeza y dejaba cubrir el pecho, y le bajaba por las caderas hasta la altura de las rodillas de una forma un tanto ridícula.

Yoko le contó todos sus males, los peligros que le acechaban a ella y a mí, y le pidió como una niña caprichosa que le solucionara su vida, pidió protección contra la mala salud de Sean, planteó problemas de la carrera artística, tanto por separado como la conjunta conmigo, de forma que en el futuro se beneficiara de mi fama y no la eclipsara.

Lena le escuchó atenta y silenciosamente, y cuando terminó con toda la sarta de peticiones, sentenció: "Lo que te pasa es que estás poseída por un pequeño espíritu burión que te está perjudicando".

Al instante se dejó hacer, desplegando todos los recursos de su "arte".

Derramó jarras de agua bendita sobre su cuerpo, mientras permanecía en pie en una bañera de estaño. Luego saltó e hizo cabriolas alrededor de Yoko, azotando con sus inmensos pies planos el frío suelo del baño, emitiendo agudos gritos de animales y aves de la selva.

Mientras, Yoko bebía pociones repugnantes que Lena había preparado, al tiempo que le hacía recitar conjuros ininteligibles.

Finalmente llegó el momento de consumir todos esos hechizos para lo cual le pidió que realizara un sacrificio humano y firmara el pacto con "EL MAL". Lena era practicante de Magia Negra.

Una Luna de bruja estaba cerca y debía prepararse para el sacrificio. "¿Qué sacrificio?", preguntaba Yoko, como una poseída, a lo que Lena le respondió: "No seas boba, muchacha, tenemos que hacer un sacrificio con la sangre de un inocente ante AQUÉL que

tiene el PODER."

... Salimos de Cartagena de Indias en el primer avión que nos llevara al Dakota, sin recoger tan siquiera nuestras pertenencias, pero lo que no sabíamos es que la mano de Lena y su negro amigo era muy larga y nos perseguiría por todo el mundo allá donde fuéramos.

La pesadilla se repetía una y otra vez, era como si AQUÉL que tiene el PODER buscara su sacrificio sin cesar en nosotros mismos.

Empezaba el sueño trabajando en los estudios de grabación, los cuales se llenaban de sombras tenebrosas que nos rozaban la piel como si fueran telarañas pegajosas de arañas invisibles. Salíamos corriendo asustados, pero la sombra ya estaba en la puerta aguardándonos y acorralándonos con todo su poder: Quería su sacrificio a toda costa.

Al llegar a la puerta de nuestro refugio, el Dakota, la Sombra se acercaba violentamente como un torbellino y unos ojos saltones de loco nos quería atrapar... ¡Bang, bang, bang...! Siempre acababa ahí el sueño, me despertaba incómodo, sudando y atemorizado.

"Voy a tener que dejar de leer esos Cuentos de CTHULHU que me recomendaste, porque no me dejan tranquilo el espíritu, son algo malsanos y alteran mi ego, pero en el fondo me gustan."

P.D.: Lennon fue acribillado por un loco que salió de entre las sombras un 8 de Diciembre. Era noche cerrada.

Notas

Fuentes: "Las Vidas de Lennon" de Albert Goldman, Plaza & Janés, Biografías.

- El director cinematográfico Roman Polanski rodó "La semilla del diablo" en el Edificio Dakota (Dakota Building), situado en la 72nd Street West de Nueva York y construido en 1881. Polanski le llamó Edificio Bramford en la ficción, y allí situó la historia de un grupo de personas que rendía culto a Satán y utilizaban a una joven esposa (Mia Farrow) para que procreara al hijo del Demonio.

- Roman Polanski sufrió su propia versión de la película cuando los secuaces de Charles Manson asesinaron a su esposa embarazada de ocho meses.

Le llamaron Dakota porque en aquella época estaba tan lejos del centro de la ciudad que "como el estado de Dakota". Ese es el origen de su nombre.

- Allí vivieron personajes ilustres, algunos con vidas difíciles, como Judy Garland, Boris Karloff, Leonard Bernstein y Lauren Bacall.

- También se dice que fue vivienda y lugar de encuentro para grupos satanistas de principio de siglo porque el solar donde se erigió (se erige, en la actualidad) se concentran fuerzas maléficas.

- Allí los extraños y pestilentes olores que no se sabían de dónde procedían y ruidos inexplicables consiguieron que muchos inquilinos terminaran por abandonar el edificio.

Pero lo peor es que también muchos se suicidaron en el edificio Dakota.

- El 8 de diciembre de 1980 el edificio Dakota se hizo famoso en el mundo entero: un hombre asesinó en la puerta de su casa al ídolo de masas John Lennon.

Publicado originalmente en Revelaciones Insanas nº 2





Diamantes en el Cielo

Henry Armitage

Hay personas que parecen estar destinadas a encontrarse cara a cara con Entidades Malignas. Hay lugares en la tierra que encarnan abismos de una negrura blanda y amorfa. Personas y lugares condenados a cruzarse en ejes que confluyen en mi frente, como una señal grabada con el magma rojo y candente de volcanes infernales.

Quise huir de la belleza enfermiza de Nueva Inglaterra, donde el paisaje daba a mis ojos sus colores viciados. Los árboles respiraban todas las bocanadas de aire que yo necesitaba y, cuando les daba la espalda, sentía su resuello empapando mi nuca. No quería volver a escuchar las aguas aceitosas y espesas que encharcaban los cauces de ríos tupidos de juncos y cañas. No quería volver a escuchar las letanías interminables de las chotacabras, los whirpoorwills de la canción:

*The sound of whirpoorwills
Was the song of Death
The old songs of Dunwich
Took all my Breath.*

"El sonido de las chotacabras era la canción de la muerte y las viejas canciones de Dunwich se llevaron mi aliento, se llevaron mi suerte". Ese canto de los whirpoorwills parecía un mal presagio de lo que iba a ocurrir muy lejos de esos lugares saturados de leyendas innombrables.

El Departamento de Historia Antigua de la Universidad de Miskatonic me había concedido una beca para rastrear las raíces más profundas del folklore local en las Viejas Tierras de Inglaterra. Era un trabajo que me apasionaba, pero que emprendía con una cierta aprensión. Cuando llegué a Londres, apenas tuve tiempo de echarle un vistazo a los fabulosos tesoros que guarda el Museo Británico, ya que ese mismo día me llevaron hasta Liverpool, donde se encontraba la Fundación Etnofónica Loosoth.

A pesar de que la lluvia caía implacablemente, las cortinas de agua eran como velos borrosos que me permitían adivinar la extraña belleza de la campiña inglesa. Enseguida comprendí que toda la oculta maldad de Nueva Inglaterra se encontraba aquí, a mi alrededor, agazapada en algún lugar de esos prados tapizados de un verde crepuscular, un verde sin brillo. A medida que nos acercábamos a Liverpool la naturaleza parecía contener el aliento y el aire se iba cargando de un olor a salitre y a algas muertas. De pronto, me vino a la mente la imagen de un charco con aguas con un color violáceo, que recordaba el hígado que tanto he odiado desde niño: Un charco de hígado, precisamente lo que quería decir Liverpool.

Para ahuyentar mis pensamientos y espantar los malos presagios, me entretuve en hojear un libro sobre las Leyendas de Liverpool editado por la Fundación Loosoth, que tenía el enigmático título de Whirpoorwills & Liverpool. De hecho era una edición destinada a la divulgación, aunque la mayor parte de su contenido procedía de un antiguo manuscrito encuadernado a mano entre dos tapas de madera negra o ennegrecida por el uso. Por desgracia ese valioso volumen desapareció sin dejar rastro de la Biblioteca del Museo Británico junto con una copia bastarda y zafia del Necronomicón del árabe loco Abdul Alhazred. En mi mente empecé a jugar con las palabras "Chotacabras y Liverpool" --- Whirpoorwills, Whirpool, Liverpool, Loosoth... y no sé cómo, llegó a mis pensamientos el nombre de Lennon, en asociación fónica con Loosoth y Liverpool. Yo soy un viejo profesor chapado a la antigua que nada sabe de música moderna, pero indirectamente llegaron hasta mí noticias de la muerte ritual (?) de John Lennon, que se había empeñado en vivir en ese maldito edificio de Nueva York, el mismo donde Polanski había rodado "La Semilla del Diablo". Aunque no le hice mucho caso entonces, alguien me había susurrado al oído que miembros de una secta satánica habían acabado con la vida del cantante, porque "sabía... demasiado".

La sirena de una fábrica me devolvió bruscamente a la realidad de una ciudad plomiza manchada de una niebla pálida como el capullo de un gusano de seda.

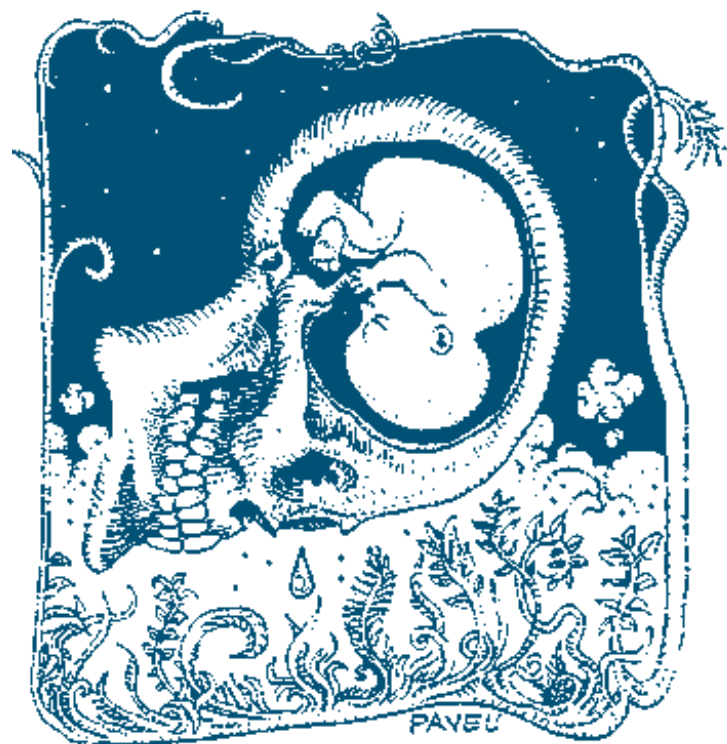
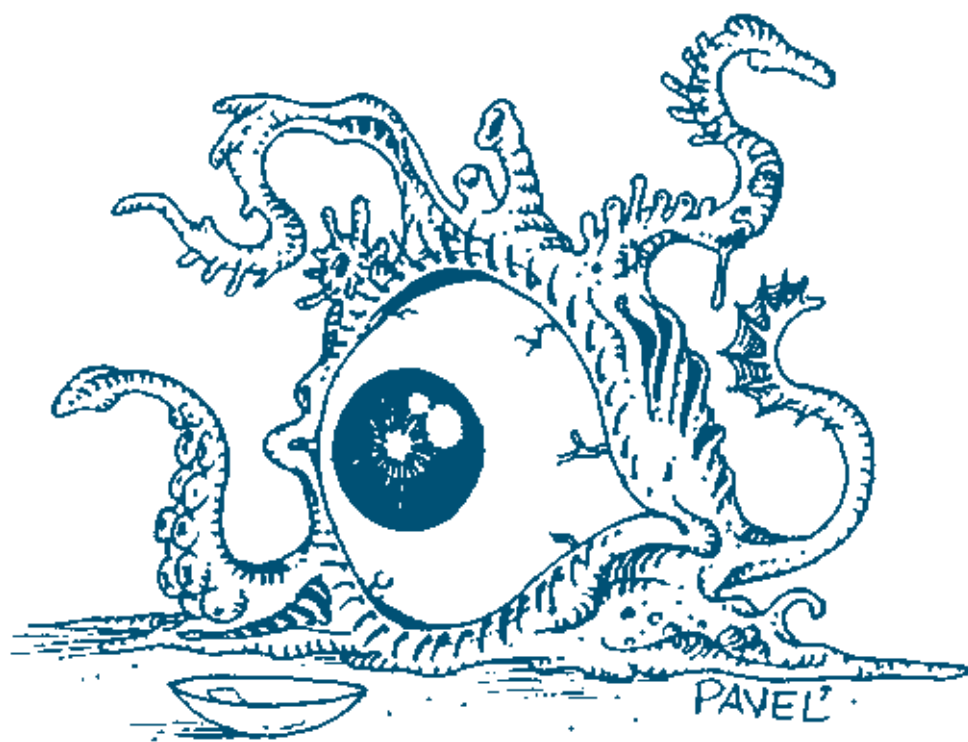
Me acomodaron en un apartamento abuhardillado en la plata alta de la Fundación. Tenía dos ventanas estrechas y abovedadas desde las que podía ver los tejados ruinosos de la parte más antigua de la ciudad. A pesar de la llovizna y la atmósfera húmeda y mohosa, del exterior se filtraba una luz lechosa que arañaba la madera crujiente del suelo y apuñalaba los paisajes desvaídos de Turner colgados en las paredes. Todo me resultaba extrañamente familiar: La cama de una elegancia victoriana y de una comodidad espartana, una mesa de roble y un butacón tapizado en rojo, una pared cubierta materialmente de libros y la otra pared, donde la habitación perdía su altura y cubría su desnudez con unas inexplicables argollas de hierro oxidado. Al mirarlas, sonreí nerviosamente. Aunque me encontraba solo, miré a mis espaldas furtivamente y utilicé dos de las argollas que estaban a la altura apropiada para estirarme y desentumecerme de los rigores del viaje. En ese momento fijé más la vista en una especie de cartelitos que había junto a las argollas, eran tan diminutos que tuve que acercarme con mis gafas de lupa para leer lo que decían. Y cuando mis ojos fatigados y cuajados de lágrimas estaban a punto de asomarse al misterio, me sobresaltó unos golpes secos en la puerta. Me sorprendió el contraste entre la brusquedad de la llamada y la amabilidad que surgió... al otro lado del umbral de la puerta.

- Me han pedido que le acompañe y que le enseñe lo poco que se puede ver en Liverpool
- Dijo el joven con un marcado acento que me recordaron un sonido de flautas dulces. Llevaba el pelo como el de un paje de las fiestas cortesanas de la Edad Media, gafas redondas con monturas metálicas y un traje llamativamente sencillo. - Después de un viaje tan pesado, seguramente le apetecerá tomar un bocado en una taberna que conozco.

Se llamaba "Grotto Inn" o algo parecido. No consigo recordarlo bien. Además sería incapaz de volver al lugar, ya que el joven me llevó por un intrincado laberinto de callejuelas, que resonaban con el empedrado bajo nuestros pies.

Toda la locura comenzó en aquel lugar y aquella misma noche, aunque todas mis referencias espaciales y temporales hayan sufrido una deformación casi surrealista. Lo último que recuerdo con claridad es la vieja melodía "Lucy in the Sky with Diamonds" (L... S... D... !!) que invadió alguna parte de mi espíritu y me llevó a un extraño lugar. Cuando abrí los ojos, vi un suelo húmedo, cubierto de grandes losas de piedra. Al levantar la cabeza,

noté su tacto como mucoso en mi mejilla. En mi cara sentía crecer largos filamentos verdes de moho y unas legañas blandas cubrían mis ojos. Tenía la mirada turbia, pero podía ver a mi alrededor gracias a una fosforescencia que parecía salir de las paredes y de unas fosas subterráneas que rompían la rugosa irregularidad del suelo. Esas fosas me llegaron a obsesionar, ya que no podía ni imaginar qué descarnadas alimañas podrían estar acechando en su interior. Tenía la sensación de estar infinitamente solo y, al mismo tiempo, ominosamente muy acompañado. Sobre mi espalda y en mi nuca llegué a sentir las muescas profundas de unos ojos pesados, de unas miradas plumizas, de unos párpados hinchados. Aunque nunca pude recuperar el movimiento, mis pies (en sentido casi virtual) consiguieron llevarme por interminables galerías y arrastrarme escaleras arriba por millares de escalones pegajosos. Por fin, conseguí parpadear y abrir de par en par los ojos, siempre con la mirada a ras de suelo, para ver sobre un charco pantanoso, de aguas violáceas que recordaban un puré de hígado, el reflejo de las estrellas: Diamantes sucios en el cielo.





Mi Abuelo Obed

Erich Zann

¡Hay tantas cosas imposibles de explicar! ¿Por que mi estomago se revuelve y siento náuseas cada vez que veo un hotel? ¿Cuál es la razón de que ante la mera visión de la arena de una playa el vello se me erice y mi cara se contraiga en una mueca digna del actor más camaleónico? ¡Cuántas veces he tenido que huir hasta algún lugar tranquilo y poco concurrido al oír la sugerente cantinela de una maquina tragaperras, porque me sugería el infamto recuerdo de aquel horrible trance en el que me tuve que ver involucrado para desdicha de mi salud mental, muy maltrecha desde entonces!

Todo empezó un día de mayo de mil novecientos noventa y siete, cuando me dirigía hacia casa después de una dura jornada de clases de álgebra y cálculo, amenizada con unas prácticas de química inorgánica. Al pasar por delante de una conocida tienda dedicada a la ciencia-ficción, juegos de rol y hobbies diversos, vi un cartel en el que se anunciaba la creación de una asociación dedicada al nombre del escritor Howard Phillips Lovecraft y al universo creado por él conocido como "Los Mitos de Cthulhu", llamada "La Logia del Tentáculo". Recordaba haber leído hace tiempo un libro suyo y apunté la dirección, interesado por saber algo mas de ese mundo, que veía como irracional y grotesco aunque, por que no decirlo, dotado de cierto encanto. Sin embargo me atraía más el hecho de que en el anuncio se ofreciera la posibilidad de un trabajo remunerado.

Para resumir diré que a raíz de ese anuncio conocí a ciertos individuos, de mi misma ciudad en su mayoría, cuyos nombres evitaré nombrar para que ningún curioso pueda seguir mis pasos, y acabar enfrentado a horrores que no pueden ni deben ser mostrados al gran publico, pues su simple mención provocaría el delirio y la locura colectivos, arrastrando con ello a nuestro planeta hacia el caos y la destrucción del que será objeto tarde o temprano, aunque gente como la que conocí en un pequeño local de mi ciudad se empeñe en evitarlo, o cuanto menos postergarlo.

Estos individuos se revelaron a mí como jóvenes estudiantes de Filosofía y Bellas Artes, y tras una breve entrevista en la que insistieron mucho sobre la que debía ser mi mayor virtud (la falta de imaginación e incredulidad absoluta con respecto a esos tales "Mitos"), me propusieron trabajar para ellos como secretario de las reuniones que celebrarían cada cierto tiempo. Yo acepté de inmediato, pues no tenía trabajo alguno, y este era sencillo (sólo se trataba de tomar nota de todo lo que se decía en las reuniones, y pasarlo después a máquina), y esporádico, lo que me permitía seguir con mis estudios de ingeniería.

Al poco asistí a la primera reunión. Cuando acabé de mecanografiar el manejo de folios que tomé en mi primer día de trabajo, me alegré sinceramente de no tener ni pizca de inventiva, pues el contenido de éstos hubiera inquietado sin duda a alguien sin mi tenaz

resistencia a la sorpresa y a la divagación. Los contertulios se hacían llamar por seudónimos tales como "Gran Tentáculo Magenta", hablaban de temas como "la destrucción del mundo", "el caos que azotará la Tierra", y manejaban con familiaridad nombres y Palabras que más sonaban a estornudo o gruñido que a expresiones hechas para bocas humanas: "los Tcho-Tcho", "el gran Cthulhu", "Azathoth, el dios ciego e idiota"... en fin, es de suponer que cualquier persona más vinculada que yo al mundo de las artes, o con una mentalidad más propensa a la subjetividad y a la crítica, hubiera dudado de muchas cosas que todos aceptamos como verdaderas y únicas, ya que estos eruditos del conocimiento no hacían hipótesis sin fundamento, sino que poseían cartas, objetos y un sinfín de pruebas que, si bien no demostraban por completo la veracidad de sus afirmaciones, sí que conseguían al menos poner en tela de juicio los valores más arraigados en nuestras tradiciones.

Durante los meses siguientes continué asistiendo como secretario a unas cuantas reuniones más, todas del mismo tipo que la primera, y al ir transcribiéndolas empecé a darme cuenta de que en ellas se dedicaban a vigilar las actividades de cierto grupo de seres muy antiguos, que se reunían en algún lugar cuya ubicación era lo que mis extraños jefes querían averiguar, mediante un método de círculos concéntricos que disminuían de tamaño progresivamente (sin duda funcionaba, pues las últimas investigaciones delimitaban el centro de las operaciones en algún punto costero de la provincia de Alicante, en España). Por aquellas fechas todos los "logios" - calificativo con el que se denominaban - estaban muy inquietos, ya que "el punto final de nuestra cruzada se avecina", decían: "¡el final del túnel!", "¡la salvación para nuestro mundo!", repetían sin cesar; ¡que poco se imaginaban el terrible destino que les deparaba el futuro, tan impropio de personas tan extraordinarias como ellas!

Un día, cuando pasé al localito donde nos reuníamos, me anunciaron que por fin habían conseguido averiguar con seguridad el lugar donde esos seres antiquísimos se reunían y vivían, las últimas pesquisas revelaban que esa población costera no sólo era utilizada como lugar de concentración, ¡sino que era nada más y nada menos que su asentamiento fundamental en el mundo! Ese lugar era famoso en el mundo entero como lugar de veraneo, y el hecho de que estuviera "tomada" tenía tal importancia que toda la "Logia del Tentáculo" se puso inmediatamente a prepararse para una incursión a un mundo totalmente desconocido y tal vez peligroso en extremo. Me insistieron en que les acompañase en calidad de cronista, y acepté, no tanto por tener ansias de aventura y riesgo, sino porque no creía una palabra de lo que decían, y me encantaba la idea de unas vacaciones pagadas en un sitio como ese. Por supuesto respetaba sus ideas, pero sus últimas especulaciones habían rebasado hacía tiempo los topes de mi imaginación.

Así que un soleado día de Octubre nos encaminamos hacia nuestro destino en una furgoneta que sabe Dios donde habían conseguido, cargada con símbolos, estatuillas y libros sacados de sitios tan exóticos como Ponapé, Innsmouth o R'lyeh, que la saturaban hasta los topes.

El viaje transcurrió con tranquilidad, o al menos con toda la tranquilidad que se puede tener en un viaje con unos personajes misteriosos y extravagantes, a bordo de un vehículo cargado con una mercancía que no creo lograra traspasar una aduana fronteriza. Cuando estábamos próximos a nuestro destino, hicimos un alto en el camino para "caracterizarnos como los habitantes del lugar". Para entrar y circular por el pueblo íbamos a decir que éramos todos hermanos, y primos a la vez de un componente de la familia más importante del lugar: los Marshez. Las ramificaciones familiares eran tan intrincadas que sería imposible averiguar si nuestras identidades eran verdaderas o falsas, y el hecho de parecernos físicamente a ellos suponíamos que inclinaría la balanza a favor de la aceptación. La "caracterización" consistía en pegar unos trozos de látex en forma de enormes arrugas por todas las partes visibles de nuestro cuerpo' incluida la cara, a la que además se le adherían unas grandes orejas y unas calvas postizas,

amén de manchas parduzcas por todas partes. Todo esto componía el denominado "aire de Benidorm", que ese era el nombre de la población hacia la que nos encaminábamos.

Al llegar a este punto de mi historia la vista se me nubla, las manos me tiemblan compulsivamente y siento palpitaciones tan furibundas que hacen que la cabeza me parezca estallar. ¡Cuán feliz es el resto de la humanidad, ignorante de la gran amenaza que se cierne sobre ella! ¡Cómo desearía seguir siendo un simple estudiante, corto de miras y cerrado a la fantasía, incapaz de tan siquiera concebir la magnitud de la maldad contenida en aquella población demoníaca! ¡Maldigo mil y una veces el día en que me embarqué en aquella expedición que yo creía servía de pretexto para una necesitada evasión del mundo moderno, unas vacaciones, un período de relax! Nunca más podré cerrar los ojos ni por un instante, sabiendo el poder que posee el mal, pues lo que en aquel horrible lugar vi no debería ser revelado al mundo; es mejor vivir sin conocer la verdad, que seguir existiendo en este estado en el que me encuentro, absurdamente calificado de vida, ya que todo mi ser se dedica exclusivamente a la huida y la evasión de todo nexo con el mundo real, tan vigilado por esos espectros diabólicos, en espera de una muerte sencilla y natural.

Mi memoria se niega a dejar traslucir apenas una parte de la verdad, suficiente sin embargo para enloquecer a cualquiera: pero debo centrar mi voluntad en plasmar por escrito lo que vi en los días que permanecí en Benidorm y evitar así ideas que escandalizarían a cualquier cristiano, practicante o no.

Diré que aquel asentamiento costero poblado de hoteles y con playas de arena dorada y limpieza exquisita era en efecto un hervidero de esos seres amorfos, encogidos y arrugados, que supuraban líquidos putrefactos sin cesar por todos los orificios de su piel gomosa y repugnante. No sin ciertas reservas pasamos una especie de aduana situada a la entrada de la autopista gracias a la excelente caracterización llevada a cabo por uno de los miembros del grupo en todos nosotros, y que resultó muy convincente, ya que era un verdadero dominador de las técnicas del disfraz y del camuflaje. Una vez dentro, pudimos comprobar como todos los abominables seres que saboteaban el día a día de nuestro apacible mundo disfrazados de inocentes ancianos y jubilados, tomaban aquí su verdadera forma, natural y pura, liberados de tapujos sociales y de las más básicas normas de conducta ética y moral, pasando a ser unos engendros repugnantes cruzados entre ellos un sinfín de veces, que acudían a ese maléfico lugar a descansar de sus fechorías, martirizando a propios y extraños, a justos y pecadores... en fin: se adueñaban de todo, abusaban sistemáticamente, se peleaban, gritaban a todas horas... pinchaban y cortaban, partían y repartían, haciendo del idílico lugar de veraneo de los años sesenta y setenta un nido de buitres carroñeros en el que no se podía habitar sin ser uno más de ellos. Todo el conjunto resultó demasiado horripilante para ser descrito en apenas unas líneas, pues sólo la visión amplia y general que da el convivir durante tres días y sus noches (allí apenas se dormía: los seres parecían mantenerse solo a base de alcohol y postres con cantidades ingentes de nata) con esas abominaciones de cabellos ralos y mirada esquiva puede dar una idea aproximada del horror en su más esplendorosa manifestación, que era esta... oigo ruidos y gorgoteos; ¿Serán producto de mi imaginación, más activa ahora que nunca, o es que realmente está próxima mi hora? Debo continuar mi relato, o no llegará jamás a manos humanas; puede que sea tarde ya.

El cuarto día de estancia, tras esas durísimas jornadas en las que descubrimos cómo todas las perversiones y vicios del ser humano podían encontrarse allí elevadas a la enésima potencia, o más aun, fuimos descubiertos.

Cuando, por la mañana volvimos a nuestro hotel, el espectáculo resultaba desolador: las habitaciones revueltas y llenas de secreciones de Dios sabe qué; huellas en paredes y techo,

algunas tan enormes que niegan por sí solas la idea de que haya algún ente supremo y poderoso que permita la existencia de cierto tipo de seres vivientes o semivivientes. Un olor nauseabundo lo inundaba todo, y antes de poder recuperarnos del shock producido por la visión de esa horrible profanación de nuestro refugio, nuestro sanctasanctorum que creíamos sagrado y ajeno al terrible caos que dominaba todo, saltaron sobre nosotros varios seres y nos apresaron. La causa fue que en mi maletín portaba, además de todos mis efectos personales, un ejemplar de la publicación oficial de "La logia del Tentáculo", idiota de mí. Fuimos inmobilizados, y vi como mis compañeros sufrieron uno por uno torturas indecibles, y después sacrificados a un dios marino de nombre impronunciable, que en un futuro no muy lejano debería alzarse de su tumba en las profundidades del océano para destruir todo rastro de civilización en la Tierra. Tras el ritual, en el que se encontraba presente toda la congregación, y mientras yo me preguntaba la razón de mi indulto, al menos momentáneo, el torturador ataviado con una inconfundible, chillona y hortera túnica, levantó por encima de su cabeza algo que me resultaba extremadamente familiar: ¡era la foto de mi abuelo Obed Márquez! El abuelo Obed era conocido en la familia por sus innumerables viajes a bordo de un ballenero ilegal hundido catorce veces y reflotado otras tantas. En ese momento mis recuerdos se agolparon en mi mente y me confundieron: creo distinguir un salmo entonado por miles de gargantas al unísono, y recuerdo también que era capaz de entender algunos fragmentos de la letanía, que parecía dar a entender un extraño respeto por la decrepita fotografía, alojada desde niño en mi cartera a causa de una superstición absurda que me fue imbuida por mi abuelo, al decirme momentos antes de exhalar su último aliento: "Guarda siempre esta fotografía, hijo, pues te protegerá siempre incluso de Aquello que es temido hasta por ese Dios al que rezan tus padres". Apenas si recuerdo como fui liberado, y dejado libre para vagar a mis anchas. Para mi sorpresa nadie me impidió el paso, quizás demasiado ensimismados como estaban en la imagen de mi abuelo, y vagué sin rumbo hasta que llegué al mar, donde me sentí extrañamente a salvo de cualquier mal. Perdí la consciencia debido al cansancio, y cuando desperté me hallaba en la orilla de la playa de la Malvarrosa, en Valencia, según supuse por el pestilente hedor que desprendía. En mi cabeza seguía resonando la salmodia de la congregación, y aún ahora continua martilleando en mis oídos, cada vez más violentamente. ¡Dios, que dolor! ¡Me arde la cabeza, parece que siga allí, atado e indefenso! ¡Es más fuerte que nunca, y sigue aumentando! ¿Qué ocurre, no puedo moverme?...

Todo se aclara, el dolor remite, me siento mejor, ¡un momento! La puerta se abre, y entran dos de los odiosos seres que pueblan mis pesadillas... portan un cofre que huele a pescado rancio, lo abren... ¿qué sacan de él? Son ropas antiguas, viejas, pero ¿de qué? No sé qué me ocurre, no recuerdo nada... ¿dónde estoy, quién soy? Me encuentro otra vez mal, como si me estuvieran royendo por dentro, como si alguien me estuviera hablando. Estoy perdiendo la cabeza, siento mareos, y el cántico infernal que marcó el comienzo de mi agonía retumba horriblemente fuerte; ¡Dios santo, ahora lo entiendo perfectamente! Dice así:

"... y regresaré de entre los muertos, pues con un nuevo cuerpo, me erigiré como vuestro sumo sacerdote, que abrirá el portal para la venida de..." ¡es horrible, que horror! La sensación de que algo se apodera de mi mente me resulta ahora obvia, y sé que no podré resistir. Casi lo ha conseguido; sólo distingo algo en la habitación: las ropas que han colocado a mis pies, no son sino los ropajes de un marinero; más concretamente la ropa que usaba...

¡¡MI ABUELO OBED!!





La Piedra

Para ti Lovecraft, porque: "only the good die young"

Albert N. Wilmarth

Luis Upton despidió una lánguida risa entre sus agraciados y acentuados dientes. Entretanto su pálida mano se deslizaba como una serpiente por encima de la vieja y erosionada mesa de madera. Hasta que tropezó con el vaso de vidrio medianamente lleno de whisky escocés. En su interior dos granizos de hielo, se bañaban con entusiasmo. Tomó un sorbo, y una mueca de ardor se le profetizó en el rostro. Repasó con la lengua el labio superior. Suspiró profundamente y apretó los párpados ocultando los desorbitados ojos detrás de aquellas inmensas y frágiles láminas de carne. Dejo caer los brazos encima de su regazo.

Una espesa niebla flotaba ante él. Suspiró otras dos veces y la niebla se disipó dejando paso a una lívida pero visible neblina. Abrió los ojos lentamente. El comedor estaba vagamente iluminado por la ventana este donde en la distancia se divisaban las montañas enmarañadas de pinos que se erguían circundando el pueblo Dolewber, y el ocaso sacudiendo bruscamente el cautivo cielo azul. Luis volvió a escupir otra risa entre dientes, mientras sus ojos inexorables se dirigieron a la cómoda donde en su interior aguardaba con silenciosa crueldad un Remington 30-06.

Luis, se aproximó con premura a la ventana. Con sus dedos firmes y seguros rechazó la cortina, que le ocultaba parcialmente la perspectiva del fantástico paisaje. La vieja cortina ocre, aromatizada con algún cosmético de bajo precio, quizá un "Ellins Air" o "Rose Water", cedió quejándose con un crujido vacilante. Luis alzó la mano en dirección a sus gafas de pasta negra y con el dedo pulgar las fijó a su rostro. Recortó con la mirada la yerba que crecía desordenada moviéndose a las ordenes del apacible y cálido viento estival. Los últimos rayos de sol, proyectaban largas sombras de los objetos que se hallaban en medio del erial. La de mayor envergadura era sin duda alguna la que despedía el decrepito roble, que yacía solitario e implacable. Mas que una sombra parecía la garra de un monstruo, que huesuda y de largas uñas anhelase estrujar la casa.

Coope estaba tendido entre la yerba, lamiendo jovialmente un hueso. Su pelaje era níveo, a pesar de que todo el día permaneciese en el exterior jugando como un niño. Permanecía debajo de la garra.

La puerta del porche repicaba, exhalando coléricos chirridos.

Ahora sudaba como un ojo desencadenando lágrimas. Contempló más allá de sus espesas cejas, concretamente, fijó los ojos en Coope. Abrió la ventana, y el cálido viento le acarició superficialmente la tez.

Silbó, conjuntando el dedo índice con el pulgar. Coope alzó la vista, en ver a su amo. Se alzó con soltura, sujetando con firmeza el hueso. Extendió el tupido rabo y empezó a sacu-

dirlo con rapidez. Miraba inmutable a su amo.

Luis se rascó el mentón y expulsó otra risa mordaz. Aferró la culata de madera del Remington 30-06, que ahora reposaba plácidamente en la pared. Lo ajustó a su hombro, mientras con la mano izquierda sostenía el gélido cañón. Desplazó la cabeza hasta que su oreja percibió con la barnizada culata. Se acuclilló en el suelo. Apoyó el codo izquierdo en la repisa de la ventana.

Ahora Coope lo miraba aturdido. Incluyó levemente la cabeza, se erguió y postro la cola entre las patas traseras. Sus ojos parecían minúsculas gotas de ámbar. Lo miró inquisitivamente. Bajó la cabeza dejó el hueso y se tumbó en la yerba. Arqueó los párpados dejando entrever en sus ojos ámbar, pequeños arcos blancos.

Luis hizo un ademán de disparar. Rió, mientras se pasaba la mano por la frente para enjuagarse el sudor que le patinaba como óleo candente. Las gotas le surcaban las arrugas y granos con gran habilidad. Exhaló aire por la boca e inhaló el olor acre del alcohol. Volvió la mano al gatillo, y esa vez sí, aplicó toda la fuerza que le proporcionaban sus débiles manos.

Los neumáticos del Chevy azul crepitaron en el ardiente asfalto, cuando Anna Upton torció a la izquierda para internarse en el sendero que ascendía serpenteando y pedregoso. La cara de Anna estaba cubierta por mechones sudorosos. Tenía las ventanas delanteras abiertas, pero el calor calor mantenía el coche como una sauna. Apartó el pelo de su cara y se agitó la camisa de seda azul de manga corta revelándose debajo la axila un círculo negro. Bajó los ojos y miró la hora en su Casio digital. Marcaba las 8:23. Conducía con una mano, demostrando gran destreza.

Los prados que se extendían a izquierda y derecha estaban atestados de yerba. La cuesta seguía elevándose, cada vez más pedregosa. En el cielo carmín empezaban a salir estrellas, dos a la izquierda, cuatro en la derecha, la luna llena también daba señales de vida. La inclinación del terreno se adrizó dejando paso a una zona llana.

Cuando el Chevy iluminó con sus grandes faros la enorme casa ranchera. Luis, permanecía sentado en una silla de madera aterciopelada de rojo. En mano sostenía una cerveza Bud vacía y sus ojos indagaban en su interior, buscando posible rastro de alcohol. En la radio sonaba "Summer House", y un azulado vaho se asomaba bailando a la cadencia por el cartón del Remington que dormitaba encima de la resistente mesa de pino.

Sacudió la cabeza en dirección a la ventana. Las cortinas se levantaban con la débil fuerza del oro. A lo lejos del erial se vislumbraba un semicírculo de luz, que se aproximaba rápidamente por el sendero. Era Anna, su mujer. Eso le alivió, como le alivia a uno que le saquen un pincho en el pie, antes de emprender una larga excursión. ¿Podría alguien haber oído el balazo?, pensó. Se levanto con torpeza. Al no ser por la coraza humana alguien podría cuestionar sobre su semejanza a un antropomorfo.

Flanqueó la mesa. Hasta llegar a la puerta principal. En el aire se percibía aún el olor a pólvora. Abrió la puerta y la cerró con una sacudida realmente enérgica la cual produjo un ahuyentamiento de las aves que residían en el roble. Sin rumbo se elevaron distantes en el firmamento. Las luces de Dolewber, brillaban como luciérnagas en medio de un descampado olvidado entremezclado con la luz, que irradiaba la blanquecina luna estival. Fantástico.

El motor del Chevy se paró, con él, los faros y el ruido. Empezó el silencio. La puerta delantera se abrió dejando paso a una bella dama, de ojos castaños y pelo rubio. Vestía una camisa de seda azul y pantalones negros. En la mano llevaba una cartera forrada de piel, maltratada por los años.

- Hola, Luis.- dijo Anna mientras ordenaba el papeleo, que asomaba por la cartera. Luis le devolvió el saludo, rotulando una risa con los labios. - ¿Cómo te ha ido en Clifton? - pre-

guntó, con voz estable.

- Mal. El fiscal, nos esperaba con pruebas suficientes para inculpar al acusado. La oscuridad empezaba a cernerse en el cielo.

- ¿Dónde está Ted, Luis? - preguntó Anna al tiempo que se encaminaba hacia la puerta principal.

- Ha ido a jugar con Coope en el cobertizo - respondió austeramente. - ¿Con Coope en el cobertizo?, pero si es muy tarde.

- ¡Ted, Teddy! - vociferó Anna. Como respuesta Anna recibió el sonido ahogado del agua que discurría por un riachuelo, no muy lejos del cobertizo.

- ¡Ted, Coope! - volvió a gritar.

Nada.

- ¿Qué pasa? - ¿Porqué no contesta? - se apresuró a preguntar.

- ¿Y si lo averigua usted, Mrs. Upton? - dijo Luis gozoso, al tiempo que le daba un golpecito con la palma de la mano en la espalda. Al hacer el gesto Anna adivinó que en el mono azul que vestía Luis, no solo estaba manchado de grasa sino que también se apreciaban leves salpicaduras de sangre seca.

- Hijoputa, ¿Qué has hecho con Teddy? - gritó a voz en cuello.

Anna no pudo contener la lágrima que fría y solitaria se le precipitaba por la mejilla en un trayecto sin retomo, como el que hizo Ted en su hora.

Selló sus ojos con lágrimas. Y explotó el sollozo. Tiró la cartera en el suelo, todos los papeles se desperdigaron en el porche y empezó a correr hacia el cobertizo. Luis frunció las cejas, cruzó los brazos y empezaron las carcajadas.

Apresuradamente entró en la casa y se hizo con el Remington 30-06. Anna corría diligentemente. La temperatura había menguado. Aquellas gotas que despedían sus ojos, parecían mas copos de nieve, que meras lágrimas.

El trayecto fue eterno. Mientras corría por el camino se oían los chasquidos de la grava al picar contra sus pies. Su mente se sumergió en los recuerdos, profetizándosele la imagen de cuando ella y Ted paseaban tranquilamente por el sendero que llevaba al cobertizo, cogidos de la mano. Lo llevaba al cobertizo mágico, que decía Teddy con su voz mágica, a convertir la paja en oro.

Un trueno estremeció a Anna. Volvió a la realidad. El cielo estaba despejado, no había nubes en el cielo. Aquello no fue un trueno, sino un disparo.

Anna jadeando, con una mano se apoyó en el cobertizo y con la otra se frotaba el riñón que le emitía violentas punzadas. Vio en la roja pared una concavidad, seguramente producida por el disparo del Remington. Alrededor del hueco, la madera estaba astillada y el esmalte de la pintura había desaparecido dejando paso, al color natural de la madera.

El sonido del disparo, aún retumbaba en su cabeza.

Miró atrás, al tiempo que se sacudía la cabeza para quitarse los pelos de la humedecida cara. Distinguió entre la oscuridad la figura de Luis, que se acercaba pausadamente, manteniendo en mano un rifle de caza. Entró precipitadamente al hediondo cobertizo. Aquel hedor le produjo arcadas. Y lo que vio ¡Dios mío lo que vio!. Sabes, son aquellos recuerdos, los recuerdos, que a uno le complacen, hasta el punto, que muchos no dudan en descargar el tambor de su revolver a su desvalida cabeza.

Dirigió los ojos desorbitados a su regazo. Miró como hilos de sudor y lagrimas le fluían velozmente en trayectoria descendiente por los brazos y se detenían en sus dedos entrelaza-

dos. Estaba temblando. Con lentitud y valentía alzó la vista. Hasta que vislumbró el cuerpo tendido (como si de un trapo se tratara). Era Teddy, sumergido en una acuosidad rojiza. Su cabello rubio, estaba teñido de tal liquido. La oreja aún alojaba el destomillador, y de ella emanaban dos arroyos de sangre, uno le rodeaba la cara pasando por la frente, y un afluyente que se bifurcaba entre las cejas le recorría la nariz hasta llegar a la comisura del labio. Y el otro de más cabal, le recorría el cuello.

La camisa blanca Bill's estaba mestizada de sangre. El cuerpo del niño estaba encima de las balas de paja. Desvió la mirada, observó que a su lado colgado de una robusta cuerda. Coope se movía marcando ligeras parábolas. Sus ojos estaban hinchados. La lengua le caía hacia un lado y tenía el hocico fruncido. El flanco estaba rebosado de sangre color rubí, y presentaba quemaduras. Aun se oía el agonizante respiro del perro.

Un ruido heló la sangre a Anna. Oía el leve chasquido de la grava al repicar con los pies de alguien, o mas bien decir algo. El sonido era metálico. Parecía como si arrastrasen una placa de hierro.

- Hola, hola pajarito sin cola - la voz sonaba asfixiada, pero era identificable.

Anna sin dudar un momento, se dirigió rápidamente hacia los barriles llenos de grano, que se encontraban al final de la estancia. Al umbral de la puerta apareció una figura negra.

- Hola Anna, zorrilla mía - susurraba la figura.

La luna penetraba resplandeciente, en el interior del cobertizo. En el suelo se dibujaba la sombra de Luis. Se oyó un crujido metálico. Como el cerrar una escopeta.

Los espasmos y lloriqueos delataron a Anna. Otro trueno resonó lejano en el cielo estrellado de Dolewber. El último para Anna pero no por el resto del mundo.

Luis, después de matar a su mujer, cogió el Chevy y se fue. Se cebó con el pueblo de Dolewber, con el de Clifton, con el de Prospect. Y así su odio fue extendiéndose como la gripe, por todos los lugares por donde pasaba. Más de 35 personas, acabaron muertas bajo el plomo de su Remington. Hasta, que en Connecticut, fue alcanzado por las fuerzas de seguridad. En la prisión entró fiambre, a causa de los balazos recibidos en varias partes del cuerpo. Ingresó directamente en la enfermería de Shawshank. ¡Pero, que eran aquellas marcas en forma de V que tenía grabadas en la espalda!

BOSTON NEWS: 20-7-80

La Casa de los horrores de Dolewber:

Extraña piedra hallada en el lugar de los hechos.

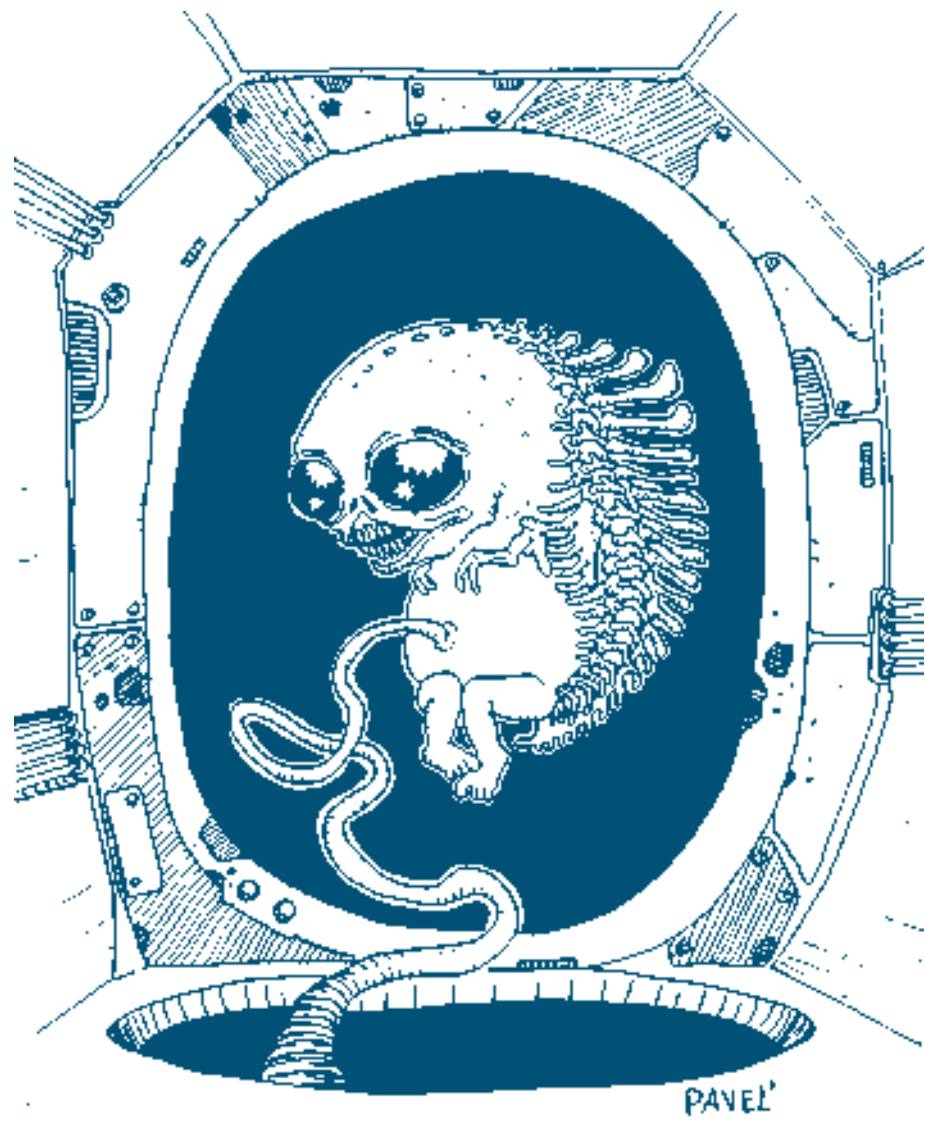
Pues sí, en lo que lleva de tiempo la investigación de "La casa de los horrores de Dolewber", había pasado por alto, una pista de lo más singular. El descubrimiento de una piedra de color verde botella de unos 10 cm. de diámetro en el páramo que da detrás la casa de los Upton a unos 20 m. aproximadamente.

En la piedra había dos franjas negras, y una V a banda y banda según hemos podido saber de la información enviada por el sherif Simeons al Juez McEnzie.

Dicen que posiblemente fuese una piedra que pinto Ted cuando iba a la escuela...

¿Pero no estaba muy bien pintada para ser obra de un niño?

¿Y aquel sonido estremecedor, que percibió el "pobre" sheriff Simeons, cuando recogió con guantes de látex la piedra verde?.





I am only sleeping

Iranon de Aira

*When I wake up early in the morning
Lift my head, I'm still yawning
When I'm in the middle of a dream
Stay in bed, float up stream.
Please don't wake me, no, don't shake me
Leave me where I am, I'm only sleeping.*

*Cuando me despierto por la mañana temprano
Levanto la cabeza, aún bostezo
Cuando estoy en medio de un sueño
Me quedo en la cama, remonto la corriente.
Por favor, no me despiertes, no, no me sacudas
Déjame aquí, sólo estoy durmiendo.*

"Sólo estoy durmiendo, sólo estoy durmiendo": Eso me repetía una y otra vez, no quería salir de lo que yo creía que era un sueño.

Me encontraba en un jardín repleto de un voluptuoso follaje rodeando lo que parecía ser unas gruesas ramas marrones con hilillos que se gitaban con el suave viento que corría en el ambiente. Más que ramas, parecían las raíces de un árbol puesto del revés sobre la tierra.

Al acercarme, descubrí con sorpresa que lo que creí que era, es en realidad un árbol milenario que crecía en el interior de la tierra.

El tronco se adentraba hacia el fondo del pozo que lo rodeaba abriendo sus ramas oscuras llenas de verdes hojas que inundaban el todo con su follaje interminable.

Cerca de la base de las raíces, una abertura dejaba pasar el cuerpo de una persona y allí escuché por primera vez los gruñidos de lo que con el tiempo serían la causa de mis peores pesadillas.

Me adentré por el interior del agujero, y vi que había una especie de sendero hacia abajo que me llevaba hacia el interior del árbol y hacia el interior de un mundo subterráneo escondido entre las entrañas de esta extraña tierra.

El camino era húmedo e inclinado, además de rodearlo una oscuridad malsana y un olor pútrido y corrompido que me recordaba a la carne descompuesta de los mataderos.

Volví a escuchar los gruñidos cada vez más cerca mientras un hilillo de sudor recorría

mi cuello y los vellos de mi espalda se me empezaban a erizar de terror. Caí una y otra vez al suelo a causa de lo empinado del sendero y mirando hacia atrás cada vez veía más pequeña la boca de entrada, con su pequeño hilo de luz del día.

Los gruñidos cada vez estaban más cercanos, y el terror que invadía mi cuerpo, en lugar de hacerme huir hacia el exterior, me arrastraban hacia este pozo sin fondo por el que me había internado.

En un momento dado se abrió ante mis pies una gran caverna con una especie de trono de piedra y maderas retorcidas que le daban un aspecto más tenebroso y misterioso. Las rocas de la caverna chorreaban gotas de algo viscoso e indefinido, con ese olor tan repugnante que me rodeaba desde que entré en el árbol.

Los gruñidos estaban ahora rodeados de una algarabía repugnante de quejidos y chillidos que envolvían todo el ambiente y que el eco de la caverna repetía y ampliaba una y otra vez.

Escondido tras las primeras rocas de la caverna... vi acercarse al trono lo que pudiera ser... el Jefe Supremo de todo aquel caos que empezaba a llenar todo el espacio.

El Supremo Ser se arrastraba sobre tentáculos flagelantes que le movían de una forma pesada y pausada hasta la base de lo que debía ser su trono, y una vez allí, irguiéndose su cabeza deforme, fijó sus grandes ojos sanguinolentos en mi mirada aterrada que me dejó inmóvil hasta que ...

... "Son las 7 y media de la mañana. Escuchen en una mañana luminosa".

*When I wake up early in the morning
Lift my head, I'm still yawning
When I'm in the middle of a dream
Stay in bed, float up stream.
Please don't wake me, no, don't shake me
Leave me where I am, I'm only sleeping.*





Thomas Albert Wax

Jorge Eduardo Taurus

Ciertamente no era factible para Thomas A. Wax, el creer en fantasmas, en el lado oscuro, en lo perdido en la antigüedad, para su mente científica eso eran tonterías. Hilaridad causaba en el todas esas historias y cuentos de vampiros, poseídos, pactos insanos con seres amorfos y un sinfín de criaturas reptantes que existen para otras gentes, gentes incultas, tontas... ignorantes y supersticiosas... Que lejos de imaginarse estaba que aquella noche las fuerzas del mal se desencadenarían para demostrarle su inmunda existencia.

Esa noche la luna llena se escondía tras un velo espeso y esto hacia que adquiriera un matiz de cierta morbosidad insana, el aire estremecía los arboles que lloraban al unísono...

Decidió salir a dar un paseo, que bella aunque siniestra era la noche, aunque como ya dije, para él los abismos infernales del terror no existían, por eso nunca llevo a pensar que ese paseo, seria una salida sin regreso.

Camino por las solitarias calles de la ciudad por largo tiempo hasta que llevo al Campo Santo... por primera vez su cuerpo se estremeció, un sudor frío empezó a resbalar por su cara, una vez mas sintió estremecerse todos los músculos de su cuerpo, con pasos vacilantes se paro en el umbral del tétrico y lóbrego panteón... sintió sin saber porque ganas de correr, correr y no parar, pero sus piernas se negaron y en lugar de ello, se encaminaron mecánicamente rumbo al fondo de la morada de la muerte, hacia el mundo del eterno silencio.... Un sin fin de tumbas se extendían a su alrededor, grises, oscuras, pestilentes y obscenas.

Comenzó a experimentar un miedo inquietante --- Algo desconocido para él, las piernas le temblaban, el sudor se acrecentaba, tragaba saliva... la poca y pastosa que en esa boca seca había, sin querer apretó los puños... el aire le golpeaba inclemente, se tallo los ojos con desmedida desesperación, no podía creer lo que estos le decían...

Ante sus atónitos ojos se erguía un mausoleo de mármol negro, en las esquinas de este habían... ¡Si eran seres alados como murciélagos!

Que repugnancia sintió al ver esos alados emisarios de la muerte y el horror, en el pórtico dentro de un nicho estaba un reloj de arena y una hoz..... Se encamino tambaleante hacia la puerta que estaba abierta, por el aire rechinaban los oxidados eslabones que la sostenían, ese chirriar estremecía sus entrañas, le taladraban los oídos, le desintegraban la razón, le embotaban el cerebro.

Camino sin saber por que una vez mas... ¿qué era eso? No había nada coherente en su mente solo esa pregunta que fluía...

Abrió la pesada puerta interior, los extraños y groseros jeroglíficos tallados con maléfica y olvidada maestría acabaron por desintegrar su mellada razón. La mortecina luz de unos cirios invisibles para sus atónitos ojos proyectaban dramáticas y mórbidas figuras

luchaban con las sombras para ocupar los lóbregos rincones, donde ya sus desorbitados ojos habían descubierto un catafalco... un ataúd que fue apareciendo claramente conforme se acostumbraban al inquietante baile de aquella brillante obscuridad, el cual descansaba sobre cuatro obscenas y abominables figuras de lo que parecían machos cabríos, esculpidos en alabastro morado..... que extraños brillos, que matices... colgando del techo un pebetero vertía un humo violáceo, el cual ahogaba al ya desfallecido Thomas A. Wax...

Como autómatas recorrió el resto del interior y descubrió una hilera de estanterías repletas de libros, todos colocados en perfecto orden, aquella extraña escena la atrajo aun más, se dirigió al ataúd y trato de abrirlo pero lo único que logro fue agotarse de sobremanera... sintió que las fuerzas le faltaban, en un desesperado intento por continuar de pie, se bajó de los estantes y lentamente se dejo caer al frío piso de mármol, escuchaba su agitada respiración, sentía latir aceleradamente el corazón, se levanto tambaleante y se sintió atraído por uno de los libros, uno de pastas de cuero negro, con dorados y centelleantes logotipos incomprensibles para él.

Recargo el libro sobre el ataúd y lo abrió... no entendía nada de lo que sucedía, no controlaba sus acciones, repetía en voz alta y canturreaba oraciones que resultaban incoherentes y desconocidas para él, trato en vano de detener esa morbosa y obscena lectura, pero el cerebro le zumbaba, sus miembros no le obedecían, desesperado empezaba a sentir como crecían en su interior, el pavor, la furia... una angustia mortal... pero seguía con la lectura-cántico de aquel malévolo libro, poco a poco ese terrible torbellino de nefastas sensaciones se fue terminando, parecía que todo volvía a la normalidad, en un momento de claridad mental vio el libro... el entorno... ¿Cuánto tiempo hacia que lo había empezado...? ¿Cuánto tiempo había transcurrido desde que ingreso a ese mundo alucinante...? ¿Minutos, horas? No, no sabia cuanto tiempo hacia de ello, solo sabia que faltaba una hoja para terminarlo, no lo había comprendido, no había entendido las palabras sacadas de aquel misterioso libro.

Con mano temblorosa volteo la hoja y empezó a leer... abrió desmesuradamente los ojos, quiso gritar pero su grito se transformo en un rictus de desesperación máxima, las manos se crisparon y cayó... cayó dentro del ataúd que se había abierto y al sentir el peso de aquel aun tibio cuerpo se cerro. Sobre el piso de aquel mausoleo demencial quedo abierto en su ultima hoja un libro de dorados brillos, con las únicas palabras que la mellada mente del científico Thomas A. Wax comprendió...

"En nombre de las tinieblas y los viejos Dioses Otros, acepto tu alma. Ven que te espero en las moradas del mas allá..."

En homenaje al Maestro H.P. LOVECRAFT / El caso de Charles Dexter Ward.





© 2006